



Glosas evangélicas

«Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros».

(Juan, cap. I, v. 14).

La creación es, sin duda, obra de amor. Obra de amor es igualmente la conservación de las cosas, que no consiste sino en una creación continuada, pero en la Encarnación del Verbo la caridad de Dios se excedió a sí misma sobre todo encarnamiento.

Con razón pudo decir San Juan Evangelista: «De tal suerte amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito». Con la misma razón pudo decir San Pablo: El Hijo unigénito «se anodado a Si mismo, tomando la forma de siervo».

Pero si El se anonadó, a nosotros nos elevó a la categoría de dioses, hermanos de un Hombre-Dios y coherederos con El de un reino inmortal.

Por la encarnación se ha hecho el perdón tan fácil, que un acto de contrición perfecta borra todos nuestros pecados y nos introduce en el cielo.

Por la Encarnación tenemos luz para conocer la verdad, sublimes ejemplos que nos impulsan al bien, la gracia para obrar y fortaleza para sostenernos.

Era Jesús «resplandor de la gloria del Padre e imagen de su naturaleza» y se hizo hombre, y aún más, esclavo, con todas las miserias que una y otra cosa llevan consigo. ¿Podría haber hecho más?... «Por nosotros se hizo pobre, siendo rico como era, para que con su pobreza nosotros fuéramos ricos...»

Con razón habrá que concluir como concluye San Juan Evangelista: «Amemos a Dios porque El nos amó antes a nosotros».

Buscando al hombre perdido

—Hijo, ¿do te has ido?

—Madre mía, ando perdido, buscando al hombre perdido.

—¡Oh, flor de las flores! ¿do estás, dulce amigo?

—hallarme heis, yo os digo, perdido de amores. Amor que ha traído a extremo, que ando perdido, buscando al hombre perdido.

La sangre y la vida da gusto perdella por hallar con ella la oveja perdida, pues tan perseguido de amor soy, que ando perdido, buscando al hombre perdido.

DAMIÁN VEGAS

(Siglo XVI)

Orígenes de la fiesta de Navidad

En Oriente, según San Epifanio, San Efrén y Casiano, la fiesta de Navidad se celebró al principio el día 6 de enero, junto con la de Epifanía.

La monja gallega Etería, que en el siglo IV vivió durante tres años en Jerusalén, no habla todavía de que allí se celebrara la Natividad del Señor.

La más antigua noticia sobre la fiesta de Epifanía nos la da San Clemente de Alejandría. En el siglo IV esta festividad era ya universalmente observada por

las iglesias ortodoxas de Oriente. En ella se celebraba juntamente una triple conmemoración: la del nacimiento de Cristo, la de la adoración de los Magos y la de su bautismo.

En Roma, por el contrario, se celebraba el nacimiento del Señor el 25 de diciembre. Esta fiesta de Navidad fué establecida entre el 243 y el 336. El primer documento que la menciona es el calendario romano filocaliano.